ÉPOCA IV

BARCELONA 21 DE JUNIO DE 1916

NÚMERO 306

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

El Capital, el Trabajo y la Autoridad

Las huelgas textil y marítima

Otra vez el capital, representado ahora por los capitalistas más opulentos, por los orondos burgueses dueños de la gran fabricación textil y de la navegación, ha motivado con su avaricia sin límites exenta de sentimientos humanitarios, con su soberbia orgullosa despreciativa de la personalidad obrera y con su maldad, fruto lógico de tales *cualidades*, otro conflicto más, negándose no sólo a satisfacer las justas y razonadas reclamaciones de los indigentes obreros con cuyo trabajo aumentan exageradamente sus riquezas, sino que hasta se han negado a querer oir personalmente las quejas de sus explotados.

Si razón han tenido siempre los obreros en todas las humildes ¡demasiado humildes! demandas de transitorio mejoramiento, más, muchísimo más justificada es en los actuales momentos en que la guerra europea, (esa otra maldad ciclópea provocada por el propio capitalismo) tantos beneficios extraordinarios y ganancias enormes viene proporcionando a la burguesía fabril y a los capitalistas navieros y que, como contraste, tanto malestar y miseria ha acarreado a la clase trabajadora con la subida extraordinaria en el precio de todo lo necesario a la vida, encarecimiento injustificado y llevado a cabo precisamente por los mismos que se niegan a atender los clamores de las víctimas de sus desordenadas concupiscencias especulativas para adquirir oro y más oro.

Y que esas ganancias exageradas e inmorales de los explotadores del ser humano son una realidad tangible, lo patentiza el mismo Gobierno de la nación con su proyecto de ley sobre esos beneficios extraordinarios. Lo que la burguesía se niega a conceder a los vejados obreros, el Gobierno de la nación lo reclama para sí, por cuyo motivo es de esperar que en esta ocasión, más que en otras si cabe, el Gobierno se pondrá parcialmente de parte de los patronos. El ministro de Hacienda reclama lo que en justicia pertenece a los trabajadores, y aquí tenemos a Suárez Inclán para impedir con su *probada táctica* que los huelguistas obtengan de los ogros del capital, la migaja que reclaman.

De todas las reclamaciones obreras que hasta aquí se han formulado, de todas las huelgas en que los trabajadores se han visto obligados a lanzarse, las actuales son las que con más justificación se basan. Además de las razones expuestas, hay que tener en cuenta que los brazos de la industria textil son, en su mayoría, de mujeres que trabajan ¡once horas diarias! y para las cuales un Gobierno hizo una sarcástica ley *protectora*, extensiva también a los niños que en esta industria, como en otras, se explotan de una manera despiadada.

Y no habiendo pedido disminución de la jornada cuando en la mayoría de oficios se trabajan nueve y ocho horas y hasta siete y sí sólo un pequeño aumento en el salario para subvenir a sus necesidades más perentorias, contestan los señores del Fomento del Trabajo Nacional y de la miseria del pueblo, proponiendo un aumento en la duración de la jornada de trabajo.

Si imponer una jornada excesiva de trabajo a los hombres es antihumano, imponérsela a las mujeres y a los niños *protegidos* por una ley, es un crimen horrendo que subleva.

¡La mujer y el niño! Triste y horrible es ver a la mujer en cinta y a la niña por las madrugadas, de noche aun en pleno invierno, correr apresuradas hacia la lejana fábrica donde entran *si no han llegado unos minutos tarde*, y no salen hasta bien entrada la noche, mal alimentadas, cansados sus pulmones, extenuado su cuerpo, repitiendo su caminata a obscuras también; y una vez madre, allá en la cuadra, entremedio de las máquinas durante el cuarto de hora de que *dispone*, dando con apresuramiento sus pechos al ser que, aun en sus entrañas ya participó de las consecuencias de la explotación humana.

Y esos señores que así se burlan de la ley y que tan inícuamente se portan con sus *compatriotas* pobres, son los que por boca de sus representantes en las Cortes piden la *autonomía* de Cataluña en nombre de la prosperidad de la región, amenazando grotescamente al Gobierno con valerse de la revuelta del pueblo, de este mismo pueblo por ellos despreciado y vilipendiado, lanzándole al hambre y tal vez a una verdadera revuelta contra su opresión, al negarle una insignificante parte de las enormes ganancias arrancadas de sus sufrimientos y de su hambre.

Y no menos justificadas son las reclamaciones de los obreros marítimos. Nada de lo que éstos piden se les concede. Sus sueldos son insignificantes, mientras que hay burgueses que ganan cinco y seis mil duros en un solo viaje. La exposición de su vida, siempre en riesgo, lo es más hoy con las minas y los submarinos. Los capitalistas navieros cobran el seguro si sus barcos se hunden; los obreros tragados por el mar no dejan otra *indemnización* a sus familias que la desesperación, ni otro consuelo que la miseria.

Y las autoridades, esos gobernadores que como Suárez Inclán mandan detener y encarcelar a los obreros por el más futil pretexto, por no haber acudido puntualmente a un llamamiento en el Gobierno Civil y hasta por el *delito* de ejercer legalmente un cargo societario, no solo no molestan para nada a los señores que por su incomparecencia al ser llamados por el gobernador junto con los obreros desacataron a la autoridad y provocaron la huelga, sino que facilitan a la burguesía todos los medios favorables y ponen a su servicio, en contra de los trabajadores, a todos los asalariados autoritarios mayores y menores que son un elemento extraño entre los obreros y los patronos.

Aunque eso es muy lógico que así suceda; los hombres que constituyen la oligarquía gubernativa pertenecen a la misma clase social de los burgueses y capitalistas, y hasta muchas veces se da el caso de ser los mismos individuos ejerciendo de juez y parte.

Pero la ingerencia cada vez más parcial y desordenada de la autoridad en los conflictos entre el capital y el trabajo, hará que algún día se conviertan en lucha entre los trabajadores y el Gobierno.

Y entonces la verdadera acción directa será un hecho...

Anarquistas gubernativos

Kropotkine, Grave, Malato y una docena más de viejos compañeros, han publicado una Declaración, en la cual, haciendo eco a los órganos de los gobiernos de la Cuádruple que piden la guerra a fondo y el aniquilamiento de Alemania, se combáte toda idea de «paz prematura».

La prensa burguesa viene, naturalmente, llena de elogios por este acto, que anuncia como emanado de «personalidades directoras del movimiento anarquista internacional». Y, más naturalmente todavía, los anarquistas, que, casi todos, se han mantenido fieles a sus convicciones, protestan contra esta tentativa de comprometer al anarquismo en la continuación de una feroz carnicería que jamás pudo prometer nada para la causa de la justicia y de la libertad, y que se demuestra ya impotente hasta para dar resultados útiles a uno o a otro de los gobiernos que la han querido.

La buena fe y las mejores intenciones de los firmantes de aquel manifiesto quedan fuera de duda; pero cualquiera sea el dolor que pueda producirnos el tener que ponernos frente a frente a antiguos amigos que tantos servicios prestaron a la causa que nos fué común, no se puede, por respeto a la sinceridad y por interés del porvenir de nuestro movimiento, dejar de separarnos netamente de hombres que creen poder conciliar las ideas anarquistas con una colaboración cualquiera con los gobiernos y las burguesías de ciertos países en su rivalidad con los gobiernos y las burguesías de otros países.

Se ha visto, en la crisis actual, republicanos ponerse al servicio del rey; socialistas hacer causa común con la burguesía representantes del trabajo hacer el interés de los capitalistas; pero todos ellos son en el fondo conservadores, creyentes en la misión del Estado, y se explica que bastase invocar y provocar la disolución de todo organismo gubernativo y el desencadenamiento de la revolución social, para hacerles titubear y desviar al punto de echarse en brazos de sus más directos enemigos.

Pero es imposible explicárselo tratándose de anarquistas.

Los anarquistas piensan que el Estado no puede impedir el mal, sino haciendo un mal peor. Tanto en el campo de las relaciones internacionales, como en el de los asuntos privados, el Estado no puede combatir la opresión, sino oprimiendo; no puede reprimir el delito, sino organizando y perpetrando un delito más vasto. Y es esta creencia en la inutilidad, en la nocividad del Estado, la que constituye la característica de la doctrina anárquica y que distingue a los anarquistas de todas las demás escuelas de reformadores sociales. Se podrá sostener que los anarquistas estamos equivocados; pero no se puede, sin crear la peor confusión, llamarse anarquistas y secundar la acción del Estado.

Los acontecimientos actuales confirman de un modo evidentísimo las previsiones inspiradas a los anarquistas por sus doctrinas.

Aun suponiendo, lo que está lejos de ser cierto, que el gobierno alemán sea el solo responsable de la guerra actual, se ha demostrado que, en tanto se está dentro de los métodos de gobierno, no es posible resistirlos sino suprimiendo toda libertad y dando valor a todas las fuerzas de la reacción. Fuera de la revolución popular, no hay otro medio para resistir a un ejército disciplinado que oponer otro ejército más fuerte y más disciplinado, y esto hace que los más ardientes antimilitaristas, si no son anarquistas y temen la disolución del Estado, acaben, puestos a la prueba de los hechos, convirtiéndose en militaristas rabiosos.

Así, con la problemática esperanza de abatir el militarismo prusiano, se ha renunciado a todo espíritu tradicional de libertad, se ha prusianizado Inglaterra y Francia, se ha devuelto el prestigio a la vacilante monarquía, ¡se ha llegado a hacer causa común con el czar de Rusia!

¿Pueden los anarquistas seguir a los partidos llamados democráticos y aceptar por un momento solamente este estado de cosas, sin renunciar al momento de llamarse tales?

A mi modo de ver, cualquier mal es preferible a esta voluntaria abdicación de las propias ideas y de la propia dignidad; mejor el dominio extranjero padecido a la fuerza con el ánimo dispuesto a la liberación, que la opresión de un gobierno indígena aceptada dócilmente y casi con gratitud, con la creencia de que ésta nos libre de un mal mayor.

No vale decir que se trata de un momento excepcional, y que, después de haber contribuído a la victoria de la Cuádruple en «esta guerra», cada uno volverá al propio campo a luchar por el propio ideal.

Si se cree necesario el acuerdo con el Gobierno y con la burguesía para defenderse del «peligro alemán», esta necesidad subsistirá igualmente después de la guerra. Por grande que sea la derrota de los alemanes (si es que llegan a ser derrotados) no se podrá seguramente impedir que los patriotas alemanes piensen y se preparen para la revancha, y los patriotas de los otros países, muy razonadamente dado su punto de vista, querrán estar siempre prontos para la guerra, para no encontrarse todavía otra vez desprevenidos. Vale a decir, que el militarismo a la prusiana se convertirá en una institución permanente y regular en todos los países.

¿Qué harán los sedicentes anarquistas que quieren hoy la victoria de una de las partes beligerantes? ¿Continuarán llamándose antimilitaristas y predicando el desarme y la deserción y el sabotaje a la defensa nacional, para después, al primer grito de guerra, hacerse agentes reclutadores de los mismos gobiernos que trataban de desarmar y debilitar?

Se dirá que todo esto acabará cuando el pueblo alemán haya sabido deshacerse de sus dominadores y habrá cesado de ser una amenaza para Europa, matando el militarismo en casa propia. Pero los alemanes, los cuales saben que el dominio ruso, o inglés, o francés no sería menos duro a los alemanes de lo que sería el dominio alemán a los rusos, a los ingleses y a los franceses, tendrán la prudencia de esperar que el militarismo sea primeramente destruído entre los rusos y los demás, y en tanto reforzarán el ejército del propio país.

Y entonces, ¿cuándo haremos la revolución? ¿Y la anarquía? ¿Necesitaremos, pues, esperar eternamente que sean los otros los que comiencen?

La línea de conducta que los anarquistas deben seguir está trazada por la lógica de sus doctrinas fundamentales.

Se debiera haber impedido la guerra haciendo la revolución, o al menos infiltrando a los gobiernos el miedo a la revolución. ¡No se ha podido, no se ha sabido hacerlo!

Se debería imponer la paz haciendo la revolución, o al menos haciéndola temer. Hasta ahora parece que no se puede o no se sabe hacer.

Pues bien, no hay más que un remedio: buscar de hacer mejor en el futuro. Necesítase más que nunca evitar las transacciones; profundizar el abismo entre capitalistas y proletarios, entre gobernantes y gobernados; predicar la posesión en común de la riqueza social y la disolución de los Estados políticos como los únicos medios para asegurar la fraternidad entre los pueblos y la justicia y libertad para todos, preparándose para realizarlas a la primera ocasión.

En tanto, me parece criminal el intentar prolongar una guerra que es causa de inmensos inútiles dolores, que mata hombres, destruye la riqueza e impide la lucha por la emancipación, y me parece que predicando la guerra a ultranza se haga de verdad el juego de los gobernantes alemanes, los cuales engañan a sus súbditos y les excitan a la guerra haciéndoles creer que se quiere aplastar y reducir a la esclavitud la nación alemana.

Hoy, como siempre, sea nuestro grito: ¡Abajo los capitalistas y los gobiernos; todos los capitalistas y todos los gobiernos! ¡Vivan los pueblos; todos los pueblos!

ENRIQUE MALATESTA

Por la Justicia

El alto sentimiento de humanidad y de justicia que dormita en el fondo de la conciencia humana, se manifiesta raramente; es difícil provocar una reacción que lo haga salir de su estado inconsciente si no se produce algo que salga de lo ordinario, alguna causa de estas que surgen de tarde en tarde en el seno de las colectividades y en la relación social que une a los hombres.

Pero si difícil es arrancarla del estado anestésico que normalmente constituye su orden, cuando se determina a obrar lo hace en forma tal, que no deja lugar a dudas acerca del alto significado y del poder que la anima.

Nada resiste a su empuje. Nada puede detener el avance impetuoso de su corriente, hasta que la causa que la determinó y provocó la reacción necesaria a su manifestación no desaparece.

Tal es lo que sucede actualmente con los compañeros presos de Cenicero.

Antes nadie sabía a donde estaba Cenicero; hoy todo el mundo, de una forma más o menos concreta, habla de Cenicero.

El interés que hacia las víctimas del infame Bujanda ha despertado la campaña que hace cerca de dos meses agita la prensa obrera y la que no lo es, así como a las colectividades que de una manera más o menos directa trabajan pro presos Cenicero, son la prueba más palpable, el galardón más digno con que la conciencia de justicia popular puede engalanarse.

Y para que no se crea que nuestro optimismo es hijo de una quimera, sino que es la manifestación plástica de la realidad palpitante, vamos, aunque someramente, a recoger y concretar lo que en el transcurso de la semana se ha hecho.

En Jerez de la Frontera se ha celebrado un grandioso mitin, al cual asistió todo el pueblo en masa, ávido de conocer por sí mismo la verdad de lo sucedido en Cenicero.

No menos importante fué el mitin de Zaragoza, en el que se puso de manifiesto la infamia del caciquismo y la injusticia que con los inculpados se comete.

En Nerva, Badalona, Lérida y Valencia, se han realizado actos concurridísimos en los que se ha puesto en conocimiento de los que aun lo ignoraban, lo que en Cenicero ocurrió.

En todos estos actos se invitó al pueblo a perseverar en la campaña hasta que una medida recta y justiciera venga a arrancar a los que entre rejas se hallan, sin que pueda legalmente imputárseles culpabilidad alguna.

El grupo «Pro-prensa», de Bilbao también tiene en proyecto celebrar un mitin en dicha capital y al aire libre, acto al cual concurrirá, a ser posible, el compañero Galo Diez, de Eibar, que tan buena labor viene realizando por el Norte de España en favor de los presos de Cenicero.

También diremos que en el Cine Gayarre de la barriada de Sans (Barcelona)